



DIÓCESIS DE CABIMAS

**Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín**

OBISPO

## **HOMILÍA V DOMINGO DE CUARESMA, CICLO B.**

**16/III/2024.**

Apreciados hermanos:

Ya a las puertas de la Semana Santa, la semana más importante del calendario litúrgico, la Iglesia nos ofrece en el Evangelio que ha sido proclamado como un prólogo de lo que vamos a conmemorar estos días: la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo

Durante 5 semanas, nos hemos preparado, con el ayuno, la oración y la limosna, para conmemorar este gran acontecimiento. Y cuando digo “conmemorar” no quiero decir “recordar”, sino hacer presente hoy lo que sucedió hace muchos años, como sucede cuando celebramos la Santa Misa, cuando después de la consagración el Sacerdote decimos: “anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección: Ven, Señor, Jesús”.

Si no lo hemos hecho a lo largo de estas semanas pasadas, procuremos prepararnos, al menos de forma inmediata; no podemos permanecer indiferentes ni ser apáticos, ni podemos echar en saco roto el regalo que el Señor quiere concedernos durante el triduo pascual: nuestra salvación, nuestra felicidad.

Es mucho lo que el Señor nos ha dado: su propia vida. Se cuenta que un hombre arriesgó su vida lanzándose a las aguas turbulentas de un río para salvar a un muchacho que era arrastrado por la furiosa corriente. Cuando el muchacho se recuperó de su trágica experiencia le dijo al hombre: “Gracias por salvarme la vida”. El hombre le miró a los ojos y le dijo: “Estás bien, muchacho, pero procura que haya merecido la pena salvar tu vida”. Habrá merecido la pena si, una vez salvado, la vive bien, la pone al servicio de los demás y no la guarda para sí mismo.

Jesús es ese hombre, a quien Dios nos dio, para salvarnos a todos los que somos arrastrados por las aguas turbulentas de la vida social, familiar y personal. Él quiere ayudarnos. Él nos ofrece su salvación, depende de nosotros aceptarla o no.

El Evangelio de este domingo quinto de Cuaresma es el prólogo al gran relato de la Pasión de Jesús, de lo que llamamos la Semana Santa.

Jesús, a través de una comparación del mundo agrícola, quiere explicarnos el sentido profundo de su muerte en cruz y su triunfante resurrección: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere produce muchos frutos.

El grano de trigo es, ante todo, Jesús mismo. Como un grano de trigo, Él cayó en tierra en su pasión y muerte; germinó y ha reaparecido y ha dado fruto con su resurrección.

El “mucho fruto” que Él ha dado es la Iglesia que ha nacido de su muerte, su cuerpo místico.

Inmediatamente después, el Señor, nos invita también a ser como ese grano, cuando dice: “El que ama su vida la pierde; y el que pierde su vida en este mundo la guardará para una vida eterna” (Mt 16, 25).

Y esto lo podemos hacer de tres modos:

“perder la propia vida”, arriesgarse, luchar por Jesús y su causa; hay que salir de nosotros y ser generosos en nuestra entrega, aunque corramos el riesgo de ser calumniados o perseguidos. San Francisco de Sales, comenta esta frase diciendo: “en el día de dar los premios y condecoraciones en el Reino de Dios no se premiará a los que se quedaron guardaditos en casa sin batallar ni sufrir nada por su religión, sino a los que fueron al campo de batalla y sufrieron y trabajaron duro por conseguir la salvación”. Y el Papa Francisco, repite con una cierta frecuencia: “Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades” (EG, 49).

Esa experiencia de morir y resucitar, también puede darse cuando tenemos una fuerte experiencia personal con Jesús, en un retiro espiritual. Me comentó una persona que, casi obligada, participó en un cursillo de cristiandad: fui al cursillo sin gran ilusión, pero a lo largo del fin de semana fui descubriendo que mi vida se ocultaba detrás de una máscara. No había permitido a nadie, ni a mi mujer ni a mis hijos que me vieran tal como soy, me ocultaba detrás de la máscara y ni yo mismo me conocía, pues me dejaba llevar por mis pasiones y “por el qué dirán” de la gente. A medida que iba escuchando los temas, fui entrando dentro de mí, se corrió la cortina y conocí el estado real de mi alma. Decidí que no podía seguir así, quería cambiar... y morí al hombre viejo y pido que me conceda el don de la perseverancia final.

Y de una manera especialísima, tenemos esa experiencia de pasar de la muerte a la vida, del pecado a la comunión, cada vez que, con un corazón arrepenido, nos acercamos al sacramento de la confesión, cuando decimos al sacerdote, que en ese momento actúa en la persona de Cristo, nuestros pecados.

A través del sacramento de la confesión conseguimos una doble reconciliación:

Nos reconcilia con Dios, nos restituye a su gracia y nos une a Él con profunda amistad. Y así nos da la paz y tranquilidad de conciencia. Produce en nosotros una “resurrección” espiritual.

Nos reconcilia con la Iglesia. El pecado rompe la comunión fraterna. Este sacramento la repara y la restaura.

Si todavía no lo hemos hecho, es necesario que nos confesemos. Recordemos que es un mandato de la Santa Madre Iglesia: confesar los pecados mortales al menos una vez al año, en peligro de muerte o si se ha de comulgar.

Queridos hermanos, hace ya algún tiempo, escuche una anécdota de dos

granos de incienso, de los que normalmente se utilizan en la Santa Misa para incensar las imágenes, las personas y las especies eucarísticas. Eran dos granos de incienso destinados a caer entre los carbones encendidos del incensario y levantarse en forma de nube perfumada hasta el rostro mismo de Dios. Pero uno tuvo miedo y no quiso ser sacrificado y se lanzó al suelo y allí fue pisoteado y olvidado. El otro, en cambio, se lanzó a las brasas ardientes, se deshizo en perfumado vapor y en forma de humo subió hasta Dios para interceder y agradecer y adorar por los seres humanos.

Si queremos ser verdaderos cristianos, seguidores de Jesús hemos de recorrer el camino de la muerte a la vida, del pecado a la gracia, del egoísmo a la generosidad, de la soberbia a la humildad... y todo ello requiere esfuerzo, lucha, olvido de sí.

Pedimos a la Virgen Santísima nos ayude a vivir santamente la semana más importante del año. Así sea.

  
† *Ángel Caraballo*  
† Ángel Francisco Caraballo Fermín  
Obispo de Caimas

**Prot. 2024/069**